

tásemos en aquel rústico divan, que nos fué imposible negarnos á complacerle. Como habia peste en Jeremías, Abugosh, que sabia que los europeos estaban en cuarentena, cuidó de no tocar nuestros vestidos, y estableció su divan y el de sus hermanos en frente de nosotros, á cierta distancia; por nuestra parte solo aceptamos las esteras, porque se asegura que no comunican el contagio. Trajeren café y sorbetes. Tuvimos una conversacion bastante larga todos en general; luego me suplicó Abugosh que mandase á mi gente retirarse, y él hizo lo mismo con la suya, para comunicarme algunos informes secretos que no puedo repetir aquí. Despues de haber hablado así algunos minutos, hicimos que se acercasen nuestras respectivas comitivas.

—¿Conocen mi nombre en Europa? me preguntó.
—Sí, le respondí; unos dicen que sois un bandido, que roba y mata las caravanas, que reduce á esclavitud á los francos y es un feroz enemigo de los cristianos; otros aseguran que sois un príncipe valiente y generoso, que reprime los robos de los árabes de las montañas, da seguridad á los caminos, protege á las caravanas y es el amigo de todos los francos que merecen su amistad.

—¿Y vos, me dijo riendo, qué diréis de mí?

—Diré lo que he visto, le respondí, que sois tan poderoso y hospitalario como un príncipe de los francos; que os han calumniado, y que mereceis

tener por amigos á todos los europeos, que como yo, han experimentado vuestra bondad y la proteccion de vuestro alfange.

Abugosh pareció encantado de oir estas palabras: su hermrna y él me hicieron una multitud de preguntas acerca de los usos de los europeos, sobre nuestros trages y sobre nuestras armas, que admiraban mucho, y luego nos despedimos. En el momento de separarnos, mandó á un sobrino suyo y á algunos de sus ginetes que se pusiesen á la cabeza de nuestra caravana y no se moviesen de mi lado en todo el tiempo que me detuviese en Jerusalem ó en las cercanías:—dile las gracias y seguimos adelante.

Abugosh reina de hecho sobre unos cuarenta mil árabes de las montañas de la Judea, desde Ramla hasta Jerusalem, desde Hebron hasta las montañas de Jericó: este dominio, que se ha perpetuado en su familia hace algunas generaciones, no tiene mas título que su mismo poderío. En Arabia, no se discute el origen ó la legitimidad del poder; se le reconoce y se le acata mientras eesiste. Una familia es mas antigua, mas numerosa, mas rica, mas valiente que las otras; el gefe de esta familia adquiere naturalmente mas influjo sobre la tribu; la tribu misma, mejor gobernada, mas hábil ó valerosamente conducida á la guerra, llega á ser dominante sin oposicion: tal es el ori-

gen de todas esas supremacías de gefes y de tribus que en todas partes se reconocen en Asia. El poder se forma y se conserva como una cosa natural: todo emana de la familia, y una vez reconocido y patentizado en las costumbres y en los hábitos, el hecho de aquel ascendiente, nadie le disputa; la obediencia es en cierto modo filial y religiosa: Es preciso que ocurran grandes sucesos é inmensos infortunios para derribar á una familia; y esta nobleza, por decirlo así voluntaria, se conserva durante siglos. No se comprende bien el régimen feudal sino despues de haber visitado estos paises; aquí se ve como se formaron, en la edad media, todas aquellas familias, todos aquellos poderes locales que reinaban sobre castillos, sobre aldeas, sobre provincias. Este es el primer grado de la civilizacion: á medida que la sociedad se perfecciona, poderes mas grandes absorben esos pequeños poderes; los ayuntamientos nacen para proteger el derecho de las ciudades contra el ascendiente, ya en decadencia, de las casas feudales. Elévanse los grandes tronos que destruyen á su vez todos los privilegios municipales sin utilidad; luego vienen las otras fases sociales cuyos fenómenos son innumerables y no nos son aún todos conocidos.

Pero mucho nos hemos separado de Abugosh y de su pueblo de bandidos organizados. Su sobrino iba delante de nosotros por el camino de Jerusalem. A cosa de una milla de Jeremias, dejó

el camino y torció á la derecha, por unos senderos de peñascos que surcan una montaña cubierta de mirtos y de terebintos, que seguimos. Las noticias de Jerusalem que nos habia dado Abugosh eran de tal naturaleza que habia para nosotros imposibilidad absoluta de entrar en aquella ciudad, donde por instantes aumentaba la peste; todos los días morian de sesenta á ochenta personas: todos los hospicios, todos los conventos estaban cerrados. Habiamos tomado la resolucion de ir primeramente al desierto de San Juan Bautista, á cosa de dos leguas de Jerusalem, en las montañas mas escarpadas de la Judea, pedí allí un asilo de algunos días en el convento de los religiosos latinos que residen en aquella soledad, y obrar luego con arreglo á las circunstancias, y aquel camino era el que nos hacia tomar Abugosh. Despues de haber andado unas dos horas por caminos horrorosos y bajo un sol abrasador, hallamos á la espalda de la montaña una fuente y la sombra de algunos olivos, donde hicimos alto. El sitio era sublime! dominábamos el negro y profundo valle de Terebinto, donde David, con su honda, mató al gigante filisteo. La posicion de los dos ejércitos está á tal punto descrita en la circunscripcion del valle y en el declive y la disposicion del terreno, que no puede la vista titubear. El torrente en seco, en cuya orilla cogió David la piedra, trazaba su línea blanquecina en medio del angosto valle, y

señalaba, como en la narracion de la Biblia, la separacion de los dos campamentos. Yo no llevaba ni una Biblia, ni un viage á la mano, ni nadie para darme la clave de los sitios y el nombre antiguo de los valles y de las montañas, pero mi imaginacion de niño se habia representado tan vivamente y con tanta verdad la forma de los sitios, el aspecto físico de las escenas del Viejo y del Nuevo Testamento; con el testo y las estampas de los libros sagrados, que al instante reconocí el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando llegamos al convento, los padres no hicieron mas que confirmarme la esactitud de mis previsiones. Mis compañeros de viage no podian creerlo: lo mismo me habia sucedido en Séfora, en medio de las colinas de Galilea, donde señalé con el dedo y designé por su nombre un cerro coronado por un castillo ruinoso, como el sitio probable del nacimiento de la Virgen.

Al dia siguiente me sucedió tambien lo mismo con la morada de los Macabeos en *Modin*; pasando al pié de una árida montaña en cuya cima se veian algunos restos de un acueducto, reconocí la sepultura de los últimos grandes ciudadanos del pueblo judío, y decia la verdad sin saberlo. La imaginacion del hombre es mas verdadera de lo que se cree; no siempre construye con sueños, antes bien procede por medio de asimilaciones ins-

tintivas de cosas y de imágenes que le dan resultados mas seguros y mas evidentes que la lógica y la ciencia. Escepto los valles del Líbano, las ruinas de Balbek, las orillas del Bósforo en Constantinopla, y el primer aspecto de Damasco, desde lo alto del anti-Líbano, casi nunca he hallado un sitio ó una cosa cuya primera visita no fuese para mí como un recuerdo! ¿Hemos vivido dos veces ó mil veces? ¿no es acaso nuestra memoria mas que un espejo empañado que reaviva el soplo de Dios? ¿O bien tenemos en nuestra imaginacion, la facultad de presentar y de ver antes de que veamos realmente? ¡Problemas sin solucion!

A las dos de la tarde, bajamos las escarpadas pendientes del valle de Terebinto, pasamos en seco el cauce del torrente, y subimos por escaleras labradas en la peña, á la aldea árabe de San Juan Bautista, que vemos delante de nosotros. Algunos árabes, de fisonomía feroz, nos miran desde las azoteas de sus casas; los niños y las mugeres se agolpan en derredor nuestro en las estrechas calles del pueblo; los religiosos asustados por el tumulto que ven desde lo alto de su tejado, por el número de caballos y de nuestros hombres y por la idea de la peste que les llevamos, se niegan á abrir las puertas de hierro del monasterio. Volvemos atras para ir á acamparnos en una colina inmediata á la aldea, maldiciendo la dureza de corazon de los frailes, y envío

á mi dragoman à parlamentar de nuevo con ellos y á dirigirles las reconvenções que merecen. Entre tanto, la poblacion toda entera sale de las casas; los jeques nos rodean y mezclan sus ásperos gritos á los relinchos de nuestros caballos asustados; una horrible confusion reina en nuestra caravana: amartillamos nuestras escopetas. El sobrino de Abugosh, subido en el tejado inmediato al convento, se dirige ora á los religiosos, ora al pueblo: al cabo obtenemos por capitulacion la entrada en el convento: una pequeña puerta de fierro se abre para nosotros; pasámos encorvándonos uno á uno; despues de descargar nuestros caballos, que hacemos pasar detras de nosotros. El sobrino de Abugosh y sus ginetes árabes se quedan fuera y se acampan à la puerta; los religiosos, pálidos y turbados tiemblan de tocarnos; los tranquilizamos dándoles nuestra palabra de que no hemos comunicado con nadie desde Jafa, y de que no entraremos en Jerusalem miéntras estemos en el asilo que nos conceden. Con esta seguridad los semblantes irritados se serenán; nos introducen en los espaciosos corredores del monasterio; cada uno de nosotros es conducido à una celdilla provista de una cama y de una mesa, y adornada con algunas estampas españolas de asuntos devotos. Hacen que se acampen nuestros soldados, nuestros árabes y nuestros caballos en un huerto inculto del convento;

les tiran la cebada y la paja por encima de las tapias; matan para nosotros, en la calle carneroe y un becerro, enviados de regalo por Abugosh, y miéntras mi cocinero árabe prepara, con los hermanos legos, nuestra comida en la cocina del convento, cada uno de nosotros va à descansar algunos instantes en su celda, refrescada por la brisa de las montañas, ó à contemplar la estraña vista que rodea el monasterio.

El convento de San Juan en el desierto es una dependencia del convento latino de la Tierra Santa en Jerusalem; aquellos religiosos que por su edad, sus achaques ó su aficion al retiro consienten gustosos en hacerse cenobitas, son enviados à esta casa. La fábrica es grande y hermosa, y está rodeada de huertas talladas en la peña, de patios, de lagares para hacer el escelente vino de Jerusalem: unos veinte religiosos habria cuando fuimos; casi todos eran españoles muy viejos que habian pasado la mayor parte de su vida en el ejercicio de las funciones de cura, ya en Jerusalem, ya en Belen, ya en las demas ciudades de Palestina. Algunos eran novicios recién llegados de sus conventos de España; los ocho ó diez dias que pasamos con ellos nos dejaron la mejor impresion de su carácter, de su caridad y de la pureza de su vida. El padre superior, sobre todo, es el mas cumplido dechado de las virtudes de un cristiano; sencillez, man-

sedumbre, humildad, paciencia inalterable, complacencia siempre halagüeña, celo siempre oportuno, infatigables desvelos por los hermanos ó los extranjeros sin acepcion de clase ó de riqueza, fé natural, militante y contemplativa juntamente; serenidad de humor, de palabra y de semblante que ninguna desazon podia nunca alterar:—es uno de aquellos raros ejemplos de lo que puede producir la perfeccion del principio religioso sobre el alma de un hombre:—el hombre no existe en él mas que en su forma visible:—el alma está ya trasformada en algo sobrehumano, angélico, deificado, que huye de la admiracion pero que la arranca. Todos quedamos igualmente pasmados, amos y criados, cristianos y árabes, de la santidad comunicativa de aquel escelente religioso: parecia que su alma se habia derramado sobre todos los padres y los hermanos del convento, porque, en grados diferentes, admiramos en todos un poco de las prendas del superior; y aquella casa de caridad y de paz nos ha dejado un recuerdo indeleble. El estado monacal, en la época en que vivimos, ha repugnado siempre profundamente á mi inteligencia y á mi razon; pero el aspecto del convento de San Juan Bautista seria muy propio para destruir estas repugnancias si no fuera una escepcion, y si lo que es contrario á la naturaleza, á la familia, á la sociedad, pudiese nunca ser una institucion justificable. Los conventos de la Tierra Santa no están

sin embargo en este caso; son útiles al mundo por el asilo que ofrecen á los peregrinos de Occidente, por el ejemplo de las virtudes cristianas que pueden dar á los pueblos que desconocen aquellas virtudes; en fin, por las relaciones que ellos solos conservan entre ciertas partes de Oriente y las naciones de Occidente.

Despertáronnos los padres hácia el anochecer para llevarnos al refectorio donde sus criados y los nuestros nos habian dispuesto la comida. Esta comida, como la de todos los días que pasamos en aquel convento, consistia en tortillas, pedazos de carnero ensartados en un pincho de hierro y asados, y en *piló* de arroz. Diéronnos por primera vez, escelente vino blanco de los viñedos de las cercanías, único vino que se conoce en Judea. Los padres del desierto de San Juan Bautista son los únicos que saben hacerle, y ellos abastecen á todos los conventos de Palestina; compré un barrilito que envié á Europa. Durante la comida, todos los religiosos se paseaban en el refectorio, hablando con nosotros; el padre superior cuidaba de que nada nos faltase, nos servia muchas veces con sus propias manos, é iba á buscar, en las alacenas del convento, los licores, el chocolate y todas las golosinas que le quedaban de la remesa del último buque que habia llegado de España. Despues de la cena, subimos con ellos á las azoteas del mo-

nasterio, que es el paseo habitual de los religiosos en tiempo de peste, y así suelen estarse encerrados durante algunos meses del año;—por lo demas, nos decian, esta reclusion nos es menos dura de lo que vdes. creen, porque nos autoriza á cerrar nuestras puertas de hierro á los árabes del país, que siempre nos están importunando con sus visitas y sus pedigüerías. Cuando no hay cuarentenas, siempre está el convento atestado de esos hombres insaciables, y preferimos la peste á la necesidad de verlos.

Luego que los conocí, comprendí perfectamente aquella preferencia.

La aldea de San Juan del desierto está situada sobre un cerro rodeado por todos lados de profundos y sombríos valles cuyo fondo no se alcanza á distinguir: las laderas de estos valles, que por todas partes hacen frente á las ventanas del convento, están tajadas casi perpendicularmente en el peñasco gris que les sirve de base. En estos peñascos se ven hondas cavernas labradas por la naturaleza, y que los solitarios de los primeros siglos ahondaron todavía mas para vivir en ellas como las águilas ó las palomas. De trecho en trecho en pendientes un poco menos ásperas, se ven algunos plantíos de viñas que se alzan sobre los troncos de pequeñas higueras y caen rastreando sobre la roca. Tal es el aspecto de todas estas so-

ledades. Una tinta gris, salpicada de manchas verdes amarillentas, cubre todo el paisage; desde el tejado del convento, la vista se estiende en todas direcciones sobre abismos sin fondo; algunas pobres casas de árabes mahometanos y cristianos están agrupadas sobre los peñascos, á la sombra del monasterio. Estos árabes son los hombres mas feroces y pérfidos del mundo; reconocen la autoridad de Abugosh. El nombre de Abugosh hace temblar á los frailes, quienes no podian comprender por qué poder de seducción ó de autoridad nos habia recibido tan bien aquel caudillo y dádonos por guia su propio sobrino; sospechaban en esto alguna gran combinacion diplomática, y no cesaban de pedirme mi proteccion cerca del tirano de sus tiranos. Recogímonos al caer la noche y seguimos paseando largo rato por el corredor del convento en dulces pláticas con el escelente superior y los buenos padres españoles. Todo les cogia de nuevo; ninguna noticia de Europa penetra en aquellas inaccesibles montañas. No podian comprender la nueva revolucion francesa:—en fin, decian, con tal que el rey de Francia sea católico y que la Francia siga protegiendo los conventos de la Tierra Santa, todo va bueno. Hiciéronnos ver su iglesia, lindísima navicilla, construida en el sitio donde nació el precursor de Cristo, y adornada con un órgano, como tambien con varios cuadros medianos de la escuela española.

Al día siguiente no pudimos resistir al deseo de echar á lo méuos desde lejos una mirada sobre Jerusalem.

Hicimos nuestras condiciones con los padres; convínose en que dejaríamos en el monasterio una parte de nuestra gente, de nuestros caballos y de nuestros bagages; en que no llevaríamos con nosotros mas que los ginetes de Abugosh, los soldados egipcios y los criados árabes, indispensables para cuidar nuestros caballos de montar; en que no entraríamos en la ciudad; en que nos limitaríamos á darle la vuelta, evitando todo contacto con los habitantes; en que dado caso de que, por cualquier accidente, tuviésemos con ellos algun contacto, no escigiríamos volver á entrar en el convento, retirariamos nuestros efectos y nuestra gente, y nos acampariamos en las cercanias de Jerusalem. Aceptadas estas condiciones y sin mas prenda que nuestra palabra y nuestra veracidad, nos pusimos en marcha.

JERUSALEN.

El 28 de Octubre, salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan Bautista. Esperamos la aurora á caballo, en el patio del convento, rodeado de altas tapias, para no comunicar, en las tinieblas, con los árabes y los turcos apestados del pueblo y de Belen. A las cinco y media nos ponemos en camino; subimos una montaña toda sembrada de enormes rocas grises, apiñadas unas sobre otras, como si las hubiera partido un martillo.—Algunas vides rastreras, cuyas hojas ha amarilleado el otoño, se ven en pequeños campos desmontados en los intervalos de los peñascos, y enormes torres de piedras, semejantes á aquellas de que habla el *Cantar de los cantares*, se alzan en estas viñas;—multitud de higueras, cuya cima está ya despojada de hojas, rodean estos viñedos, y dejan caer sus negros higos sobre la roca.